

Jaroslav Kalfař
EL ASTRONAUTA
DE BOHEMIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EL ASTRONAUTA DE BOHEMIA



colección andanzas

Kalfar, Jaroslav

El astronauta de Bohemia / Jaroslav Kalfar. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2017.
336 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-670-450-2

1. Literatura. I. Título.

CDD 891.86

Título original: *Spaceman of Bohemia*

1.ª edición española: mayo de 2017

1.ª edición argentina: junio de 2017

© 2017 by Jaroslav Kalfar

De la traducción: © Isabel Margelí Bailo, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

© Tusquets Editores, S.A. - Av. Independencia 1682 - (C1100ABQ) Buenos Aires

info@tusquets.com.ar

ISBN: 978-987-670-450-2

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en el mes de abril de 2017 en Primera Clase

California 1231 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El lado perdedor

Me llamo Jakub Procházka. Es un nombre común. Mis padres deseaban para mí una vida sencilla, de buena camaradería con mi país y mis vecinos, una vida al servicio de un mundo unido en el socialismo. Hasta que el Telón de Acero se desplomó con sordo estruendo y el hombre del saco invadió mi país con su amor consumista y sus libres mercados.

Antes de convertirme en astronauta, el hombre del saco y sus nuevos apóstoles me preguntaron si prefería cambiarme el nombre por otro más exótico, más occidental; más digno de un héroe.

Rehusé. Me quedé con el que tenía, común y sencillo.

Primavera de 2018. Una tarde cálida de abril, los ojos de la nación checa observaban desde el monte Petřín el despegue del transbordador espacial *JanHus1*, desde un campo de patatas de propiedad estatal. La Orquesta Filarmónica Checa dispersó el himno nacional entre las torres góticas de la ciudad para acompañar la cuenta atrás, hasta que, al fin, la multitud contuvo el aliento mientras el transbordador absorbía y quemaba su combustible criogénico y era propulsado hacia lo alto con sus nueve millones

de kilogramos, más los ochenta de su único morador humano.

En un abrir y cerrar de ojos, el *JanHus1* rubricó las cien agujas de la ciudad con una cenefa que recordaba a una paloma. Tanto ciudadanos como turistas siguieron el ascenso en espiral hasta que el transbordador terminó desapareciendo entre los rayos de sol, reducido a una sombra capturada con destreza por un puñado de objetivos fotográficos. Después, los ciudadanos, entregados a su cháchara, descendieron del monte Petřín y abandonaron la nave a su nuevo destino en el cielo, para ir a sofocar su sed con cerveza.

Yo contemplaba el triunfo de mi nación a través del parpadeo de un monitor sin sonido. Tardé cerca de una hora en acostumbrarme a las vibraciones del asiento, que me magullaba cruelmente las nalgas. Una de las sujeciones del pecho se me clavaba dolorosamente en el traje y me hería las areolas, sin que fuera posible aflojar su insistente presión. La cámara de lanzamiento en la que me encontraba tenía el tamaño de un armario de la limpieza, y contaba con una sucesión de pantallas fosforescentes, paneles anoréxicos y el trono del astronauta. La maquinaria que me rodeaba, ignorante de su propia existencia, me alejaba silenciosamente de mi casa, ajena a mi malestar. Las manos me temblaban.

Pese a la insistencia de mis entrenadores, me había negado a beber agua antes del almuerzo. Mi ascenso era la culminación de un sueño imposible, una experiencia espiritual incomparable. No iba a mancillar la pureza de la misión con un acto de humanidad tan indecoroso como permitir que la orina alcanzara mi Pañal de Máxima Absorción. En la pantalla que tenía enfrente, mi pueblo agitaba banderas, blandía botellas rebosantes de Staropramen y entregaba sus billetes de coronas a cambio de transbordadores de plástico

y figurillas de astronautas. Busqué el rostro de mi esposa, Lenka, confiando en llevarme una última visión de su dolor, el consuelo de que alguien me amaba y temía por mí, la garantía de que nuestro matrimonio superaría al menos esos ocho meses de ausencia. Qué más daba que me notara la garganta reseca, que la lengua me raspara la carne áspera de las encías, que los músculos de todo el cuerpo se me tensaran y acalambraran a medida que las comodidades básicas de la existencia humana desaparecían un kilómetro tras otro, cercenadas por las capas de las divisiones atmosféricas: aquellos instantes históricos eran míos. Los colegas repetirían mi nombre en los siglos venideros y una escultura hecha a mi semejanza iría a engrosar, inevitablemente, las hileras de figuras del museo de cera de Praga. Los horizontes de Bohemia ya estaban sembrados de carteles donde yo aparecía alzando la vista al cielo con manifiesto entusiasmo. Las revistas del corazón daban a entender que yo tenía cuatro amantes y un problema con el juego. O que la misión era falsa y yo una simple imagen generada por ordenador a la que daba voz un actor.

El doctor Kuřák, el terapeuta que me había asignado el Estado, había insistido en el terror absoluto que iba a invadirme durante el lanzamiento: un humano solitario rumbo a lo desconocido, a merced de la tecnología indiferente y muda. No me caía bien, el doctor Kuřák; apestaba a pepinillos y era un pesimista disfrazado de hombre con experiencia. Aunque era el responsable de preparar mi frágil estado psicológico para la misión, básicamente se había dedicado a tomar nota de mis temores —envenenamiento alimenticio, orugas, existencia de vida más allá de la muerte y, por lo tanto, posibilidad de que la vida no tuviera escapatoria—, y lo hizo con tal ímpetu que daba la impresión de que pensaba escribir mi biografía oficial. Me recomendó

que, durante el ascenso, consumiera mis dulces preferidos de cuando era niño —unos barquillos bañados en chocolate, los Tatranky, que guardé en el compartimento de mi izquierda— y reflexionara sobre mi deber científico para con el mundo, sobre el inmenso privilegio con que se me honraba: aportar a los checos sus mayores descubrimientos desde que Jan Evangelista Purkyně reparó en el carácter individual de las huellas dactilares, o tal vez desde que Otto Wichterle inventó las lentes de contacto blandas. Mi imaginación se aferró a esas cavilaciones que adulaban a mi ego y, en el silencio de la cámara, empecé a murmurar mi discurso de aceptación del Premio Nobel, hasta que la sed se me hizo insoportable. Quebranté mi resolución y pulsé el botón del H₂O, y el líquido fluyó desde un recipiente bajo mi asiento hasta una pajita sujeta a mi hombro. Estaba a merced de mi propia cualidad física: un enano encaramado a un tallo de judía mágica para luchar a brazo partido contra el coloso; una estructura celular con fútiles necesidades de oxígeno, agua o expulsión de desechos. «Aleja los pensamientos oscuros, bebe agua», me susurré mientras chutes de adrenalina agudizaban mis sentidos y mitigaban los achaques de mi cuerpo.

Casi un año y medio atrás, un cometa desconocido hasta entonces había penetrado en la Vía Láctea desde la galaxia del Can Mayor; después de que azotara nuestro sistema solar con una tormenta de arena de polvo cósmico intergaláctico, una nube se formó entre Venus y la Tierra, fenómeno sin precedentes al que sus descubridores de Nueva Delhi denominaron Chopra y que sumió las noches terrestres en una luz zodiacal de color violeta. El cielo que el hombre siempre había conocido quedó alterado; el color del universo nocturno observado desde la Tierra ya no era negro, y la nube permanecía perfectamente estática. No re-

presentaba ningún peligro inmediato, pero su comportamiento, impasible, atormentaba nuestra imaginación y la nutría de temibles posibilidades. Los países se afanaban en planificar misiones que les permitieran capturar partículas de la misteriosa Chopra y estudiar esos fragmentos microscópicos de un universo más allá del nuestro, en busca de elementos químicos y signos de vida. Se habían enviado cuatro transbordadores no tripulados a comprobar las propiedades de Chopra y llevar muestras de vuelta a la Tierra, pero las sondas habían regresado con los vientres vacíos de datos útiles, como si la nube fuese una fata morgana, el sueño colectivo de miles de millones de personas.

El paso siguiente era inevitable: no podíamos confiar la misión a las máquinas. Un transbordador con control remoto y tripulado por el chimpancé alemán *Gregor* despegó para volar a través de la nube y asegurarse de que, con la adecuada protección, un habitante humano pudiera sobrevivir en el interior de Chopra el tiempo suficiente para observar y analizar muestras de forma manual.

Gregor regresó indemne a su jaula del laboratorio, precisamente cuando se observó un cambio en el comportamiento de la nube: empezaba a consumirse; el volumen de sus capas externas se dispersaba y se desvanecía en el interior del núcleo, más denso. Hubo quien habló de antimateria; otros atribuyeron a la nube propiedades orgánicas. Los medios especularon: ¿qué gobiernos iban a tener la desvergüenza de enviar a humanos hacia una nube situada a cuatro meses de la Tierra, hecha de polvo cósmico desconocido y partículas potencialmente letales? A modo de respuesta, rumores, sólo rumores: de los estadounidenses, de los rusos, de los chinos e incluso de los alemanes, que se habían declarado los más implicados con Chopra al haber ofrecido ya a *Gregor* en sacrificio.

Al fin, un país de diez millones de habitantes, el mío (los territorios de Bohemia, Moravia y Silesia), hizo una declaración: los checos irían a Chopra para apropiarse de sus misterios. Y yo iba a ser su paladín, quien les llevaría a casa la fanfarria de la gloria científica. En palabras de un poeta borracho de absenta que aparecieron impresas al día siguiente en los periódicos más importantes: «En *JanHus1* depositamos nuestras esperanzas en una nueva soberanía y prosperidad, pues ahora nos contamos entre los exploradores del universo. Dejaremos de mirar a un pasado en que fuimos reclamados por otros, en que nuestro idioma fue casi erradicado, en que Europa se tapó los ojos y los oídos ante el expolio y el maltrato que sufría su corazón mismo. No es sólo nuestra ciencia y nuestra tecnología lo que surcará aquel vacío: es nuestra humanidad, nuestra belleza, en la forma de Jakub Procházka, el primer astronauta de Bohemia, quien alzará el alma de la república hasta las estrellas. Hoy, finalmente, nos declaramos dueños absolutos de nosotros mismos».

Mientras me preparaba para la misión, mis rutinas cotidianas pasaron a ser de dominio público. La calle del edificio de apartamentos en que vivíamos Lenka y yo era un hervidero de furgonetas de medios de comunicación, periodistas picoteando algo, fotógrafos que apoyaban el codo sobre un coche cual francotiradores, niños descarriados en busca de autógrafos y mirones en general, a quienes la policía, aparte de redirigir el tráfico, tuvo que contener. Adiós a mis paseos solitarios por la ciudad, a la silente contemplación ante la variedad de manzanas entre las que elegir en el mercado. Me habían asignado una cuadrilla que me seguía a todas partes, por seguridad (ya habían empezado a afluir las cartas trastornadas de fans y aspirantes a amantes) y para que me asistieran: ayudantes para las compras

en el súper, ayudantes para recolocarme mechones de cabellos sueltos o ayudantes para hablar. No tardé en desear con todas mis fuerzas largarme de la Tierra para poder volver a disfrutar del sencillo lujo de la soledad. Del silencio.

Ahora, en cambio, el silencio era otro sonido desagradable. Abrí el compartimento del refrigerio y di un mordisco a un Tatranky. Demasiado seco, un poco rancio; no sabía en absoluto a la paz de mi infancia que en principio debía evocarme. Necesitaba estar en alguna otra parte, en la comodidad de un tiempo que yo pudiera comprender, en la comodidad de la vida que me había conducido hasta *JanHus1*. La existencia consiste en energía, en un movimiento fluido hacia delante; sin embargo, nunca dejamos de buscar el punto de origen, el Big Bang que nos puso en nuestro inevitable camino. Apagué el monitor que retransmitía los festejos de mi nación y cerré los ojos. En algún lugar, allí donde los profundos surcos del tiempo colisionaban con el recuerdo, sonó el tictac de un reloj.

Mi Big Bang sucede en invierno de 1989, en un pueblo llamado Středa. Las hojas del tilo se han caído y descompuesto, y las que nadie ha recogido extienden su masa de color castaño sobre las briznas de hierba marchitas. Es la mañana de la Matanza y me encuentro en la sala de estar de mis abuelos, esa sala con aroma a manzana, dibujando al cerdo *Louda* en mi cuaderno. Mi abuelo pule el filo de su cuchillo de matar con el afilador ovalado, y se detiene de vez en cuando para darle un mordisco a una gruesa rebanada de pan cubierta de manteca. Mi abuela riega las plantas —el ingente follaje lila, verde y carmín que envuelve cada ventana— mientras silba al ritmo del tictac de un reloj. Debajo de éste cuelga una fotografía en blanco y negro

de mi padre cuando iba al colegio, sonriendo de oreja a oreja con expresión sincera y desprevenida, una sonrisa que yo nunca he visto en su rostro de adulto. *Šíma*, nuestro gordo cocker spaniel, duerme a mi lado mientras respira con tranquilizadora vehemencia contra el costado de mi pantorrilla.

Éste es el universo silencioso y pausado de un pequeño pueblo, horas antes de la Revolución de Terciopelo. Un universo en el que mis padres siguen vivos. En mi futuro próximo aguardan un *goulash* recién cocinado, manitas de cerdo con salsa de rábanos casera y el capitalismo. Mi abuelo nos ha prohibido encender la radio: el día de la Matanza es su día. Por algo ha estado cebando amorosamente a su puerco, *Louda*, con una mezcla de patatas, agua y *bulgur* cada mañana y cada tarde, rascando al animal detrás de la oreja y pellizcándole los rollizos lomos mientras sonreía. *Louda* está tan gordo que explotará si no lo matamos hoy, asegúra; la política puede esperar.

La sala de estar, la chimenea encendida, el ritmo de cantilena, filo, perro, lápiz y estómagos que gruñen... Tal vez, en algún punto de por ahí, se produjo una liberación espontánea de energía que selló mi destino como astronauta.

Mis padres vienen de Praga a las dos en punto. Llegan tarde porque mi padre se ha detenido junto a un campo de margaritas para recogerle unas cuantas a mi madre. Aunque viste una vieja parka azul y un pantalón de chándal de mi padre, mi madre parece una de esas actrices pelirrojas y de piel lechosa que interpretan en la tele a las camaradas doncellas, siempre con esa expresión de intensa feminidad y fiera dedicación al Partido. Mi padre se ha dejado crecer el bigote más de lo acostumbrado, porque ya no tiene que afeitarse para ir a trabajar. Es flaco y tiene los ojos hinchados por el *slivovitz* que ha estado bebiendo antes de acostarse. Se congregan más de cuarenta vecinos, además del

carnicero del pueblo, que ayudará al abuelo con la Matanza. Mi padre evita el contacto visual con ellos, pues no están familiarizados con su línea de trabajo: si se enteran de que es un colaboracionista, un miembro de la policía secreta del Partido, abandonarán a mi abuelo y a mi abuela y escupirán sobre nuestro apellido; no en público, sino con la callada hostilidad que nace del miedo y la desconfianza hacia el régimen. Esta revolución se alza contra todo aquello que mi padre defiende. Los vecinos están inquietos, nerviosos debido a las ansias de cambio, mientras mi padre exhala humo entre sus labios pálidos, consciente de que dicho cambio lo situará en el lado equivocado de la historia.

El patio es largo y estrecho, flanqueado, a un lado, por la casa de mi abuelo y, al otro, por el imponente muro del zapatero. Normalmente estaría repleto de colillas y de los útiles de jardinería de mi abuela, pero, en el día de la Matanza, la suciedad y las malas hierbas han sido retiradas. Una valla alta separa el jardín y la pocilga del patio, lo que crea un ruedo, un Coliseo para la última danza de mi abuelo con *Louda*. Formamos un círculo en torno al patio y dejamos una abertura para que pueda entrar el cerdo. A las cinco en punto, el abuelo suelta a *Louda* del redil y le da una palmada en el trasero. Mientras el animal recorre el perímetro del patio, olisqueándonos los pies con excitación y persiguiendo a un gato despistado, el abuelo carga pólvora y una bala de plomo en su pistola de chispa. Para despedirme de *Louda*, que aminora el paso porque empieza a estar cansado, le doy una palmada en el hocico, antes de que el abuelo se lo lleve al centro del círculo y le propine una patada en el flanco con la bota. Después coloca el arma detrás de la oreja de *Louda* y la bala hiende la piel, la carne y el cráneo. Las patas del cerdo todavía se retuer-

cen cuando el abuelo le secciona la garganta y sostiene un cubo debajo donde recoger la sangre, para sopa y salchichas. A pocos metros de distancia, el carnicero y los lugareños construyen un cadalso provisto de un gancho y vierten agua hirviendo en una cuba industrial. Mi padre frunce el ceño y se enciende un cigarrillo. No le enorgullece el negocio de matar animales. Es una barbarie, decía, dañar a animales que simplemente viven su existencia en esta tierra. La gente es una auténtica hija de puta. Mi madre le pedía que dejara de meterme esas cosas en la cabeza; además, él no era precisamente vegetariano, ¿verdad?

Las cerdas rasposas se desprenden del cuerpo sonrosado de *Louda* y caen en la cuba. Lo colgamos del gancho por las patas y le rebanamos la parte central, de las ingles a la barbilla. Lo despellejamos, trinchamos la panceta y hervimos la cabeza. Mi padre consulta el reloj y entra en casa. A través de la ventana, veo a mi madre viéndolo hablar por teléfono. No, hablar no: escuchar. Escucha y cuelga.

En Praga, quinientos mil manifestantes llenan las calles. Rompen los cordones antidisturbios y siembran su camino de ladrillos. El repicar de llaves y timbres amortigua los anuncios de la radio. La hora de las palabras ya ha pasado; ahora sólo existe el ruido. El caos que contiene, su liberación. Es el momento de un nuevo desorden. La ocupación soviética del país, el Gobierno títere apoyado por Moscú, todo eso se derrumba mientras el pueblo clama por las libertades de Occidente. Al infierno con esos parásitos ingratos, declara la jefatura del Partido. Dejad que los imperialistas se los lleven directos al infierno.

Hervimos la lengua de *Louda*. Yo perforo con un cuchillo los dados que han hecho con ella y me los llevo a la boca, calientes, grasientos y deliciosos. El abuelo limpia los intestinos del cerdo con vinagre y agua. Este año me han

concedido el honor de ser el picador; así pues, introduzco en un embudo la papada, el hígado, los pulmones y la falda troceados, junto con pan, y presiono hacia abajo mientras giro la palanca. El abuelo recoge el amasijo y rellena con él los intestinos limpios. Es el único hombre del pueblo que sigue preparando *jitrnice* con las manos en vez de utilizar una máquina. Los vecinos aguardan pacientemente a que mi abuelo finalice, y, en cuanto la abuela lo divide en partes, todavía humeantes, para los invitados, éstos empiezan a marcharse, más temprano de lo habitual; la mitad de ellos ni siquiera están achispados. Ansían regresar a sus televisores y radios, enterarse de lo que acontece en Praga. *Šíma* mendiga las sobras y yo le permito lamer la manteca de mi dedo. Mi madre y mi abuela se llevan la carne adentro para envasarla y congelarla, mientras mi padre se sienta en el sofá, mira por la ventana y fuma cigarrillos. Yo entro para disfrutar del penetrante aroma del *goulash* de la cena.

—Demasiado pronto para saberlo —dice mi madre.

—Es mucha gente, Markéta. El Partido quería enviar a la milicia para dispersarlos, pero Moscú ha dicho que no. ¿Sabes lo que eso significa? Que no estamos luchando. El Ejército Rojo ya no nos respalda. Estamos acabados. Deberíamos quedarnos en el pueblo, a salvo de la turba.

Vuelvo afuera, con el abuelo, que coloca una carretilla en medio del patio. Después de cargarla de leños secos, enciende una hoguera pequeña con ellos. La tierra bajo nuestros pies está empapada de la sangre de los órganos. Cortamos rebanadas de pan y las tostamos para acompañar la cena, mientras el sol se pone.

—Ojalá papá hablara conmigo —le digo.

—La última vez que le vi poner esa cara fue cuando, de pequeño, un perro le mordió la mano.

—¿Qué pasará?

—No se lo digas a él, Jakub, pero no será malo.

—¿Va a perder el Partido?

—Ya es hora de que el Partido se marche. Ya es hora de algo nuevo.

—Pero, entonces, ¿seremos imperialistas?

Se ríe.

—Eso creo.

Sobre los árboles que flanquean nuestra entrada, un despejado horizonte de estrellas envuelve el paisaje, mucho más nítido cuando no lo entorpecen las farolas de Praga. El abuelo me entrega una rebanada de pan con el borde quemado, y yo la tomo entre los labios y me siento como un hombre de la televisión. La gente de la televisión come despacio cuando la confrontan con una nueva realidad. Tal vez sea aquí donde una bolsa de energía renovada irrumpe contra el sólido muro de la física y selecciona una vida de un modo tan inverosímil. Tal vez sea aquí donde pierdo la esperanza en una vida terrenal y corriente. Me termino el pan. Es hora de entrar a escuchar el silencio de mi padre.

—Dentro de veinte años, te considerarás un hijo de la revolución —dice el abuelo mientras me da la espalda para orinar en el fuego.

Como de costumbre, tiene razón. Lo que no me dice entonces, quizá por amor o por una dolorosa ingenuidad, es que soy un hijo del lado perdedor.

O quizá no. Pese a la incomodidad de mi trono de astronauta, pese al miedo, estaba preparado. Y, aunque estaba sirviendo a la ciencia, más bien me sentía como un temerario que, en su moto de *cross*, examina el poderoso desfilar del mayor cañón del mundo y reza a todos los dioses en todos los idiomas antes de dar el salto hacia la muerte

o la gloria, o ambas cosas. Estaba sirviendo a la ciencia, no al recuerdo de un padre cuya idea del mundo se derrumbó aquel invierno de terciopelo; ni al de la sangre de un cerdo sobre mis zapatos. No pensaba fracasar.

Me sacudí del regazo las migas de Tatrancy. La Tierra estaba negra y dorada y sus luces se propagaban por los continentes como imparables fracciones producto de la mitosis, y se interrumpían bruscamente en aras del dominio irrefutable de los oscuros océanos. Los colores del mundo se atenuaban y las migas empezaban a flotar. Me había elevado sobre el fenómeno que denominamos Tierra.